

—Os dejo: estoy charlando hace una hora. Reflexionad en cuanto he dicho y contestadme. Saludó, pasó á la antecámara, abrió la puerta de entrada y desapareció, dejando á Lorenzo completamente turbado.

XVI

Al día siguiente, el marqués de R..., terminado el almuerzo con su mujer, pasó á un pequeño gabinete dispuesto para fumar, y dijo al criado que le acompañaba:

—Si viene hoy al hotel el vizconde de Champy, hacedle pasar aquí. Deseo hablarle.

El criado se retiró.

Solo Lorenzo, se acercó á uno de esos pequeños muebles divididos en compartimentos y destinados á secar los cigarros de diferentes clases: escogió con cuidado uno de los de mejor marca, llevóselo á la boca, lo encendió y se echó sobre un gran diván muy bajo. Quería en la soledad, en el recogimiento, bajo la influencia del humo del tabaco, á veces buen consejero, tomar resueltamente un partido con respecto á Florina, en quien no había dejado de pensar desde la víspera.

Era evidente que la casualidad, ó más bien una imprudencia, había descubierto parte de su secreto á aquella joven. Sabía muchas cosas, sospechaba bastante, ya que no para perderle,

al menos para comprometerle si hablaba. Pero ella también tenía interés en callar, y, desde el momento en que deseaba hacerse valer y se vendía, se convertía en capital. Lorenzo, que en semejantes materias tenía conocimiento exacto de sí mismo, no dudaba respecto del particular. ¿Cómo pensar en perjudicar á una persona cuya posición se podía explotar? No se repite con frecuencia la fábula de la gallina de los huevos de oro.

No exponía nada, por lo tanto, al aceptar con franqueza las proposiciones de Florina, y hasta podía considerarse feliz en tan buena compañía. Exigiale, es cierto, la mitad de los beneficios; pero estos beneficios podían duplicarse y triplicarse merced á la inteligencia y á la actividad de la asociada. Su concurso no solamente hacía los negocios de la casa más numerosos y productivos, sino también más seguros, porque á Lorenzo no se le ocultaba que su empresa ofrecía algunos peligros. Las gentes que han debido cantar algunas veces no están siempre en voz. Deseosas de no desagradar al maestro de solfeo, dominadas por él, le ofrecen desde luego el precio convenido; pero, al tratar del pago; dudan, se excusan y procuran salir del paso sin aflojar la bolsa. Unos se amparan de la Policía, y cuando se consideran con su apoyo obtienen su concurso oficioso; otros se rebelan y se convierten de amenazados en amenazadores.

En esta inteligencia, y á pesar de su práctica y de su habilidad, Lorenzo temía que al explotar los secretos ajenos se pudiera llegar al

descubrimiento de los suyos, ó mejor á los del marqués de R..., el hombre de las transformaciones. Si caía la máscara y se reconocía en el marqués al agente de negocios Bonnin, la situación social de Lorenzo empeoraría y se agotaría la mayor parte de sus recursos.

La prudencia aconsejaba gastar poco su personalidad. Preparar sí las operaciones, dirigir las, verlas madurar, pero eclipsarse y desaparecer oportunamente. Este momento crítico es el único verdaderamente peligroso en los negocios de espionaje, y el peligro desaparecía gracias á Florina: ella se encargaría del cobro, y en caso de un accidente desgraciado asumiría toda la responsabilidad y salvaría á su socio y á la casa, que podría continuar sus operaciones.

Así pensaba Lorenzo, cerca de las dos y media, cuando le pasaron recado de que el vizconde de Champy deseaba verle.

Florina entró con la gracia, viveza y ligereza que le eran propias, vestida con chaquet perfectamente ajustado, pantalón claro, el sombrero echado á un lado, lente y bastón.

Cerrada la puerta, miráronse el vizconde y el marqués, y no pudieron menos de sonreirse al verse, después de algunas horas de intervalo, tan diferentes de la vispera. Lorenzo, con su traje de mañana y su cigarro en la boca, reclinado sobre el diván, estaba tan interesante como antipático con su casquete negro, disfrazado de agente de negocios. En cuanto á Florina, el traje masculino se acomodaba á maravilla á sus formas, exageradas sí, pero estrechas y planas. El traje la favorecía.

Sentáronse uno al lado del otro y hablaron largo tiempo.

A cosa de las cuatro y media se presentaron en el despacho dos concurrentes de la calle de Boissy d'Anglas que habían permanecido fieles en la nueva fortuna de Matilde. Salían de su salón, y antes de partir no quisieron hacerlo sin estrechar la mano del dueño de la casa. El vizconde de Champy aprovechó la oportunidad de las visitas para separarse de Lorenzo, y se hizo conducir por un criado á las habitaciones de la marquesa.

Florina deseaba saber cuanto antes hasta qué punto ocupaba la imaginación de Matilde Roberto de Meillant, y pronto realizó su deseo. Momentos después, la señora de R... le decía negligentemente y como si se tratara de sostener la conversación:

—A propósito, vizconde, ¿qué ha sido de nuestro salvador? No he vuelto á saber de él. ¿Y vos le habéis visto?

—Dos ó tres veces. Abandonamos juntos el Havre el mismo día, el siguiente al de vuestra comida, marquesa. En el tren intimamos. Le he prestado algunos servicios desde nuestra llegada á París... en la elección de ciertos objetos y en la de hotel.

—¿Le habéis aconsejado que tome casa?

—En la calle de Helder, cerca de su prima, según deseaba. No puede vivir lejos de ella. La adora.

En la frente de Matilde se dibujó una ligera contracción.

—¿Tanto la adora?

—Muchísimo. Es su única conversación: Juana por aquí, la señorita Guérin por allá... Es una verdadera pasión, que se explica después de todo. He tenido ocasión hace poco de ver á esa joven, y es encantadora.

—¡Qué entusiasmo! —dijo Matilde tratando de sonreír.—Es preciso apagar algo ese fuego. Sois muy joven.

Y luego añadió:

—¿Veréis pronto al señor de Meillant?

—Cuando gustéis.

—Yo no deseo nada.

—¡Perdonad! Creía que teníais que confiarme algún encargo para él.

—No; pero, si le veís, decidle que recibo los martes y algún otro día de la semana. Debo esta atención á mi salvador, porque es innegable que nos ha salvado y que no nos hemos mostrado muy agradecidos.

—Permitidme, marquesa: yo procuro pagar mi deuda. Sois vos la que...

—Ayudadme, pues, á pagar la mía. Traed á vuestro amigo lo antes posible. Estoy avergonzada de mi ingratitud. ¿Cuándo vendréis?

El vizconde no contestaba. Con el puño del bastón en la boca, miraba á Matilde sin hablar.

—¿Qué tenéis? —añadió.—¿Por qué calláis?

—Es que... es que... —dijo el joven— me habéis colocado en una situación difícil, puesto que lo que me pedís es casi imposible.

—¿Qué dificultades se oponen?

—¿Queréis que hable? —preguntó levantándose como si hubiera tomado una resolución.

—Hablad, pero pronto.

—Pues bien; desde que está en París, Roberto de Meillant sabe, marquesa, que antes de llamaros señora de R... os llamabais señorita Matilde Simonnet.

—¿Quién ignora eso?

—Marquesa... ¿No adivináis?... Sois la heredera de un llamado Claudio Guérin, y...

—Y he sido privada de mi herencia en pleito. Soy, pues, quien debe quejarse, y sin embargo, á juzgar por vuestras suposiciones, no me quiere bien.

—El amor es injusto. Habéis combatido á la señorita Juana Guérin, y esto basta para que Roberto os guarde rencor.

—Bien. Renunciaré á las visitas de ese caballero.

Florina sonrió, y un momento después, en el fondo del coche que la conducía al centro de París, se decía estas palabras:

—¡Le adora! ¡Qué lástima que no sea correspondida! Así se separaría naturalmente de la señorita Guérin, y si descubría algo acerca de Lorenzo se callaría; no se entrega á la Justicia al marido de la mujer amada.

El vizconde no había terminado sus visitas. Vistióse con su traje ordinario y se dirigió hacia el pretil del Reloj.

VII

Florina había escrito días antes al jefe de Seguridad pidiéndole audiencia. El señor Claude contestó que podía presentarse en su oficina cualquier día de la semana, de cuatro á cinco. La Prefectura de Policía recibe á todos, por si tienen alguna confidencia que hacer. Si estas son estériles, y las revelaciones hechas no tienen trascendencia, á veces también, y como revancha, se adquieren noticias preciosas. La Prefectura de Policía, de la cual los hombres de Estado en Francia hacen una división ó dependencia del Ministerio del Interior, cuando debiera ser por si sola un Ministerio importante, vela incesantemente por nuestras fortunas y nuestras existencias, y no olvida nada de cuanto puede preservarlas. No sólo ciertos empleados no niegan jamás una audiencia, sino que se ocupan en leer todos los días una correspondencia considerable en la cual abundan los anónimos. Un particular puede y debe despreciar un anónimo; pero cuando se trata del interés general no cabe esa escrupulosidad.

Con frecuencia sucede que una revelación anónima hecha por una persona medrosa, que teme comprometerse, conduce al descubrimiento de un delito ó de un crimen.

Florina, que no había hecho más que ve-

tirse de mujer, llegó á las cinco á la Prefectura. Esperó un instante, al cabo del cual entró en el despacho del jefe de Seguridad.

—¡Ah! ¡Por fin!—dijo éste.—¿Qué os trae por aquí? ¿Estáis aún comprometida en algún mal negocio?

—No. Vivo tranquila y bien, y tengo la seguridad de que no podéis formular queja alguna contra mí.

—Mejor que mejor. No falta que hacer, y hay que aprovechar el tiempo. ¿De qué se trata?

—En otra ocasión—contestó Florina—me encargasteis de la vigilancia de una llamada Matilde Simonnet de Villeneuve.

—Cierto, lo recuerdo; así como también que me arrepentí de haberos confiado tal misión.

—Yo, sin embargo, la cumplí como pude, y no fué culpa mía si la conducta de la señora de Villeneuve no dió por resultado ninguna revelación picaresca ó curiosa. Si por hacer interesantes mis relaciones hubiese dejado correr libremente á mi imaginación, vos mismo hubierais sido el primero en castigarme.

—Es verdad; pero la desdichada manera como fueron perseguidos esa señorita y sus amigos dió por resultado, como sabéis, una queja, origen de disgusto.

—Nadie sino el inspector que me acompañaba tuvo la culpa, puesto que, dificultando el paso de la señorita Simonnet, al andar tan cerca de ella como un perro de ciego, se hizo visible y sospechoso y nos comprometió. Creo que no tenéis que echarme en cara ninguna otra torpeza análoga.

—Cierto—dijo el jefe de Seguridad después de algunos segundos de reflexión.—Pensaba que el enojoso resultado de nuestra misión era obra vuestra y os he confundido con vuestro compañero. ¿Qué puedo hacer para desenojaros?

—Nada necesito, y no pido nada. Vengo, por el contrario, á ofreceros de nuevo mis servicios.

—Ningún asunto reclama al presente vuestro concurso. Si el caso llega, lo aceptaré.

—El caso ha llegado—dijo Florina,—y si me permitís explicarme...

—Explicaos.

—Se trata otra vez de la señorita de Ville-neuve.

—Hoy marquesa de R...—añadió el jefe de Seguridad.

—Justo.

—¿Y bien?

—Que la casualidad me ha puesto en relación con ella, ó más bien con su marido, y he llegado á sospechar que la situación no es tan clara como parece.

—¿Y deseáis hacer luz ó que se haga?

—Precisamente.

—En una palabra, deseáis tomar la revancha.

—¿Y no es natural? Me despedisteis diciéndome que no sabía cumplir con mi obligación; yo creo lo contrario, y estoy decidida á demostrarlo.

—Es amor propio y nada más, aunque buena cualidad en nuestra profesión, y tendré pre-

sente vuestros deseos de rehabilitación. Mas en lo que concierne al marido de la señorita Simonnet, antes de encargaros una comisión cerca de él, ¿en qué fundáis vuestras dudas y sospechas? ¿Lleva justamente el título de marqués de R...?

—El nombre y el título son auténticos como pocos.

—¿Entonces qué tenéis que decir en contra suya?

—Aventuras excéntricas, y gastos que no están en relación con su fortuna, que no puede ser considerable.

—¿Y qué pensáis de esas aventuras y de esos gastos?

—Creo que la política no es ajena á este asunto.

—¿La política?

—El marqués debe haber recibido encargo de algún Gobierno extranjero, del suyo ó de otro. Alguna misión secreta, espléndidamente remunerada, y respecto de la cual sería conveniente tomar informes.

—Si es así, nada tengo que hacer. Los asuntos que se refieren á la política están al cuidado del señor R..., como sabéis.

—Porque lo sé, he pensado que podríais recomendarle á él.

—¡Vamos!... no habéis dado mal rodeo para llegar á lo que os importa. Sois un verdadero diplomático. En una palabra, deseáis pertenecer á la Policía política. La idea es muy ingeniosa y el momento favorable. Faltan hombres, ó son tan exigentes que hay que renunciar á su

concurso. Vos sois fría, suave, insinuante y de maneras distinguidas. Podréis, en caso de necesidad, hacer de gran señora y recibir confidencias diplomáticas. Sea, hablaré á mi colega, puesto que decididamente amáis el oficio.

—¡Con pasión!—contestó Florina entusiasmada,—y vos me la habéis comunicado. El día que me encargasteis perseguir á la señora de Villeneuve, no pensaba en serviros.

—En cambio os excedisteis después—observó el señor Claude.

La actitud de Florina cerca del jefe de Seguridad no era una traición á Lorenzo. Era simplemente una truhanería; era curarse en salud y prepararse á salir libre de toda complicación si la casualidad le obligaba á dar un mal paso.

No se le ocultaba que, habiendo tenido en otro tiempo cuestiones con la Policía, y no estando aún en buena opinión con ella, se vería expuesta constantemente por su disfraz de hombre, su nombre supuesto y sus apariciones y desapariciones sospechosas. Si, por el contrario, se aceptaban sus servicios, nadie repararía en su disfraz, que se creería necesario á la causa común, ni nadie pensaría tampoco en preguntar por el origen del nombre y del título de Champy.

Lejos de perjudicar á Lorenzo, le prestaba un gran servicio. Presentándole bajo un nuevo aspecto y dándole un color político, desnaturalizaba el género de sospechas que sus maneras hubieran podido despertar. Desconfiarían de él,

pero se le respetaría, por decirlo así, ante el temor de provocar observaciones diplomáticas. Abrióse un registro en la Prefectura; pero en una oficina particular, más discreta que las demás, siempre se escribe con cifras. Por último, si las operaciones de Lorenzo reclamaban una vigilancia más estrecha, si cometía una falta ó delito común, el jefe de Seguridad se dirigiría á Florina para pedirle explicaciones, y claro es que ésta no diría sino lo que quisiera decir. Apresurábase, pues, á alejar las sospechas que pudieran comprometer á su asociado y cómplice. Como se ve, la sociedad constituida bajo la razón social *Lorenzo y Florina* no olvidaba ninguna de las precauciones que pudieran asegurar su vida y su prosperidad. Lorenzo, el discípulo de Simonnet-Jagon, y Florina, educada por sí propia, estudiando de cerca nuestros vicios, participando de ellos y cultivándolos por su cuenta, estaban en camino de hacer una gran fortuna. El campo por ellos elegido era de los más vastos. Iban en busca de todas las faltas, de todos los delitos, de todos los crímenes, de todas las debilidades y de todas las torpezas para hacer su negocio. Sus víctimas, amedrentadas por las amenazas, ahogadas por el temor, bajarían la cabeza y serían estranguladas... moralmente, como Jagon había estrangulado materialmente al capitán Guérin.

Era siempre el mismo género de crimen: no hacer brotar la sangre de la garganta, apretada á tornillo en un caso, ó ahogada ó paralizada por la amenaza y el miedo.

XVIII

Roberto de Meillant llevaba en París una vida muy agitada. Siguiendo las costumbres coloniales, se levantaba al rayar la aurora. Vestíase inmediatamente y se dirigía á la calle de los Mártires á hacer gimnasia, á tirar á las armas y á bañarse. A sus buenas costumbres y á sus ejercicios corporales debía su salud y su fuerza, y no había abandonado unas ni otras.

A las nueve montaba á caballo, paseaba por el bosque de Bolonia, entraba en París por los Campos Eliseos y se detenía en cualquier tiro de pistola. En el que frecuentaba ordinariamente encontraba al marqués de R... Ambos se saludaban cortésmente y solían cambiar algunas palabras. Pero, satisfechos estos deberes que impone la política, se mantenían á respetable distancia. Lorenzo hubiera seguramente deseado estrechar más las relaciones iniciadas en el Havre para obtener la intimidad del señor de Meillant. Pero éste instintivamente guardaba una gran reserva y no parecía dispuesto á abandonarla.

Regresaba á su casa para reparar el desarreglo que sus repetidos ejercicios dejaban en su tocado, y después almorzaba en casa de Bignon ó en el café Helder, próximos ambos á su hotel. Una hora después se dirigía al boule-

vard de la Chapelle para observar la construcción de una máquina de vapor, invención suya, que destinaba á su explotación colonial.

A su vuelta dedicaba algunos instantes á su prima hasta la tarde, que pasaban casi siempre juntos. Nada tan encantador como verlos sentados en un mismo canapé, mano sobre mano, hablando de sus proyectos para el porvenir y de la hermosa vida que les esperaba en su país natal el año próximo. Los recuerdos de un pasado vivo todavía en su memoria obscurecían á veces estos sueños deliciosos; brillaba una lágrima en las mejillas de Juana, y permanecían mudos largo tiempo. Pero luego iluminaba sus rostros una sonrisa, y de sus jóvenes corazones, confiados en el destino, se elevaba al Cielo, iluminado por un sol esplendente, un nuevo himno de amor.

Ya se habían dicho que se amaban. ¿Para qué? ¿Acaso no revelaban todos sus actos lo que sus labios se habían atrevido á decir? Si ella no le hubiera amado, ¿le habría dicho nunca que abandonara sus negocios, que olvidara sus costumbres y fuese á verla? Y si él no hubiera estado tan enamorado de la hermosa huérfana, ¿se habría apresurado á reunirse con ella como lo hizo? Habían hablado del matrimonio como de una de las cosas más sencillas, resultado de su situación y del estado de su espíritu. Eran los prometidos el uno del otro por su honradez y pureza antes de haber pronunciado juramento alguno.

Zoé Lacassade, que servía á Juana de hermana mayor, y que en la casa, por su edad al

menos, representaba la autoridad, se guardaba mucho de interrumpir aquellos coloquios amorosos. Austera y honrada como ellos, no sospechaba nada contrario á la moral, y no se le hubiera ocurrido que fuera peligroso dejar antes de la boda solos á los dos jóvenes tan apasionados uno de otro. Sabía que su Juana era incapaz de una debilidad, y que un hombre tan honrado como Roberto no se hubiera aprovechado nunca de un momento de vacilación. Iba y venía de un lado á otro de la casa, procuraba no importunar, y no descansaba un momento, ocupada en el cuidado de sus productos coloniales, y dando lecciones á Sofia Blanchard para la fabricación del dulce de coco.

¡Pobre Sofia! Desde la marcha de su marido á Nueva-Caledonia no había vuelto á saber de él. ¿Vivía aún, habría podido resistir los rigores de tan larga travesía en condiciones tan crueles?

La pobre mujer sentía á veces grandes desfallecimientos y pasaba horas enteras en un rincón de la casa, muda, agobiada, aniquilada por el dolor.

Juana y Zoé respetaban este dolor, y antes de turbar á la desgraciada en sus tristes meditaciones hacían por ella sus labores.

Desde que Roberto iba á la casa diariamente y oía decir: *Sofía tiene horribles pensamientos*, iba en seguida en su busca, y, al levantar la infeliz sus ojos arrasados en lágrimas, le estrechaba cariñosamente sus manos y le decía: *¡Valor! ¡Valor! No desesperéis. Al fin os será devuelto...* Entonces el rostro de Sofia se animaba.

Tenía por el criollo verdadera veneración. Era para ella su Mesías. Pero Roberto de Meillant aventuraba mucho al prometer á Sofia la vuelta de su marido. Creía en la inocencia de Blanchard, y estaba dispuesto á procurarle la libertad y á rehabilitarle; mas no sabía á quién dirigirse, y su buena voluntad se perdía en el dédalo de sus impotentes deseos.

Solicitó una audiencia del señor de Beaudin, el juez de Instrucción, y no sin resultado.

—Cuidad, caballero—le dijo el magistrado,—de no dejaros conmovier y arrastrar por ciertas simpatías que se conquista, es cierto, vuestro protegido. Yo he obedecido mucho tiempo á sentimientos parecidos; pero alzábanse ante mí pruebas indiscutibles y tuve que rendirme á la evidencia. La Justicia no se ha equivocado, creedme.

El señor de Meillant celebró otras conferencias con el abogado de Blanchard.

—Contestadme con franqueza—le dijo.—Cuando defendíais con tanto calor á vuestro cliente, ¿estabais tan convencido de su inocencia como parecía resultar de vuestras palabras?

—No—dijo el abogado.—Esta convicción no llegó á ser nunca seria ni arraigada. La fingí para salvar al hombre: estaba en mi derecho, y era á la vez mi deber. Sin embargo, aunque no convencido, he dudado y dudo todavía. Es posible que Blanchard haya sido víctima de una odiosa intriga; pero ¿cómo llegar á descubrirla ahora, si entonces nadie pudo hacerlo?

Cierto día que el señor de Meillant acababa de celebrar una de estas conferencias que, sin desanimarle por completo, entibiaban sus esperanzas, al entrar en su casa, á las cinco de la tarde, le dijo un mozo del hotel que una señora le esperaba en su habitación.

Al subir la escalera preguntábase quien podría esperarle. En París sólo conocía á dos mujeres, Juana Guérin y Zoé Lacassade. Acababa de separarse de ambas; no era, pues, ninguna de las dos la que se hallaba en su cuarto.

La llave estaba en la cerradura. Abrió, atravesó un pequeño vestíbulo que daba paso á la alcoba y al salón, y entró en esta pieza. La obscuridad era completa. Los faroles de la calle enviaban al interior de las casas una luz tenue. Dibujóse en la sombra una figura graciosa; el ruido de encajes y seda y el perfume delicado que llegaba hasta él le hicieron comprender que se hallaba frente á frente de una mujer de la alta sociedad.

Como ella no hablaba, se dirigió hacia la chimenea, sacó del bolsillo una cajita de plata, tomó cerillas, encendió dos candelabros, y dirigió una mirada á la visitante, que estaba en el centro del salón. La reconoció inmediatamente. Era la marquesa de R...

XIX

De esmerada educación, Roberto no manifestó sorpresa; saludó, adelantó una silla y, apoyado en el mármol de la chimenea, dijo sin la menor emoción:

—Perdonadme, marquesa, que os haya hecho esperar: no dudaba que tendría el honor de volver á veros.

Ella parecía algo turbada; sin embargo, hizo un esfuerzo y contestó:

—Deseaba hablaros, caballero, y, como he esperado en vano vuestra visita, he resuelto venir á vuestra casa.

—Estoy á vuestras órdenes, señora —contestó Roberto.—En cuanto al cargo indirecto que habéis tenido á bien dirigirme, permitidme que os diga que desde mi llegada á París he tenido poco tiempo de que disponer y me he visto privado de hacer visitas para mí muy agradables.

La marquesa de R... levantó la cabeza y pronunció las siguientes palabras mirando á Roberto:

—¿Y ése ha sido el único motivo que os ha impedido ir hasta hoy á la calle Monceau?

—El único... os lo aseguro.

—El vizconde de Champy afirma que tenéis otros.